

GERALD MESSADIÉ

EL COMLOT
DE MARÍA
MAGDALENA



Grijalbo novela histórica

GERALD MESSADIÉ

EL COMLOT
DE MARÍA
MAGDALENA

Traducción de
Manuel Serrat Crespo

Grijalbo

Título original: *L'affaire Marie-Madeleine*

Primera edición en la Argentina: enero de 2005

© 2002, Éditions Jean-Claude Lattés

© 2004, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2005, Editorial Sudamericana S.A.®

Humberto I° 555, Buenos Aires, Argentina

© 2004, Manuel Serrat Crespo, por la traducción

Publicado por Editorial Sudamericana S.A.® bajo el sello Grijalbo
con acuerdo de Random House Mondadori

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en la Argentina

ISBN 950-28-0364-7

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Fotocomposición: Fotocomp/4, S.A.

www.edsudamericana.com.ar

LOS VISITANTES

—María está aquí, quiere verte. Marta y Lázaro están con ella —anunció un joven de aspecto casi etéreo en su túnica de lino trigueño, mientras volvía del extremo del huerto donde recogía aceitunas.

Tres siluetas se apresuraban, en efecto, en la parte baja del sendero en pendiente, casi negras bajo el sol aplastante de Koshba.

Los olivos se estremecieron con la brisa, como saludando su llegada; un murmullo plateado.

El hombre a quien habían avisado se irguió en la banqueta donde estaba hablando, al sol, con un personaje de más edad. Tomó el bastón que tenía al lado y se levantó rígidamente sobre sus pies vendados. Dio tres pasos hacia los visitantes.

Los visitantes le reconocieron y apresuraron el paso. Llegó un momento en que casi corrían. La primera en llegar fue María. Le miró, jadeante, conmovida, al borde de las lágrimas. La emoción turbaba su rostro, pálido entre los pliegues de su manto negro. Luego se inclinó y, tomando con precaución la mano del hombre, la besó y la oprimió contra su mejilla.

Parecía que llevase una nube consigo, pues se deshizo en lágrimas. La palma se ahuecó para adaptarse a la forma de la mejilla. Ella la apretó sobre sus labios. Interrogó al hombre con la mirada y encontró de nuevo aquella mezcla paradójica de distanciamiento y ternura que tan bien conocía.

—No deberías haberte levantado —dijo ella—. Ve a sentarte, te lo ruego.

Él sonrió. Era lampiño, pero una barba de tres días sembraba de pelos blancos su rostro, en contraste con la irreductible juventud de sus rasgos.

—No estaría aquí de no haber sido por ti —dijo.

Pero aceptó de todos modos la invitación y retrocedió los mismos pasos que había dado para recibirles. Los otros dos visitantes se acercaron y tomaron la mano del hombre, la besaron y la oprimieron contra su rostro. Él volvió a sentarse en la banqueta y los tres se acuclillaron a sus pies. Permanecieron así, en silencio. El joven que les había anunciado entró en la casa. El hombre de más edad permanecía de pie, erguido y delgado pese a su edad, unos cincuenta años, tal vez más; su rostro ascético estaba enmarcado por una barba todavía

oscura y cuidadosamente recortada. Miró con ojos indecisos a las dos mujeres, pero se inclinó con una sonrisa y pronunció las palabras de bienvenida.

—Yo soy Dositeo —dijo.

—La paz del Señor sea contigo, Dositeo —respondió Lázaro.

—Dositeo —dijo el hombre, acompañando sus palabras con unos precisos gestos de la mano—, son Lázaro y sus hermanas, María y Marta.

Un brillo se encendió en la mirada de Dositeo. Nunca había visto a aquella gente, pero conocía sus nombres, e inclinó la cabeza con aire cómplice. Examinó sobre todo el rostro de María.

—¡Que las bendiciones del Altísimo recaigan sobre vosotros! —dijo con calidez.

Lázaro se volvió hacia el hombre y preguntó:

—¿Cómo están tus heridas?

Los visitantes miraron sus pies. ¿Qué le ocurría a aquel hombre? Siempre abría los ojos a la gente. Distinguieron, bajo las correas de las sandalias, los hilos de los apósitos que ceñían el empeine de cada pie, y reconocieron cada hoja del llantén hervido en aceite, un remedio tradicional, que sobresalía bajo las vendas de lino. Cada uña de cada dedo. La menor gravilla que brillaba alrededor. Los pies parecían posados en una alfombra de pedrería.

Aquellos pies eran los mismos que María había lavado, antaño, con perfumes y lágrimas y secado con sus cabellos. Antaño, como en otra vida. Entonces ella lo había presentado todo.

—Las muñecas cicatrizan más deprisa que los pies —respondió el hombre—. Pero ahí las heridas de la piel se han cerrado. Las de los músculos tardan más en soldarse. Un hueso del pie derecho, el que estaba encima, se rompió, de todos modos. No estoy seguro de que en poco tiempo pueda volver a andar con ese pie como antes. Pero acabaré caminando.

—Está bien, en cinco semanas —observó Lázaro—. ¿Y la herida del costado?

—Ha cicatrizado también.

La mirada del hombre se nubló.

—¿Habéis venido juntos? ¿No es imprudente? —preguntó.

—Hemos tomado precauciones. Marta salió por delante, con José de Ramathaim, y nos esperaron en Damasco. Lázaro y yo les seguimos a tres días de distancia. ¿Qué podíamos temer? —preguntó María.

—A los espías. Los espías del Sanedrín. Tal vez a Pilatos.

—Todo está tranquilo en Galilea —dijo Lázaro.

—¿Está José en Damasco?

—Sólo espera una señal para venir a verte.

—Dile que venga cuando quiera. Y Nicodemo, también. ¿Y los demás: Juan, Pedro, Andrés...?

—Pedro y Andrés van a quedarse algún tiempo en Cafarnaum —dijo María—. Les insultaban mucho en Jerusalén. No sé dónde están los demás.

El hombre inclinó la cabeza.

—Los insultos no han hecho más que comenzar —dijo con tristeza.

—Pedro y Andrés no creen que estés vivo —dijo Lázaro—. Creen que les estamos contando historias.

El hombre sonrió.

—De momento, más vale que sea así.

El joven que les había anunciado regresó llevando una bandeja con una calabaza de agua fresca, un frasco de leche de almendras, queso blanco, panecillos redondos, un bol de aceitunas y otro de sal. La depositó en un taburete y se fue. Dositeo se sentó.

—Servíos —dijo, indicando el tentempié con la mano—, el viaje ha debido de ser fatigoso.

—Un poco más de una hora desde Damasco —respondió Lázaro—. Mejor será que nos marchemos pronto, pues el camino es tortuoso.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Dositeo.

—En realidad, hemos venido más bien en busca de noticias. Salimos de Betania dos días después de que José y su hijo fueran a buscar a Jesús para traerlo aquí. Betania está demasiado cerca de Jerusalén. Y la policía del templo había comenzado a buscar a todos los de nuestro grupo como sospechosos de una conspiración... Así que nos replegamos a Magdala, porque allí estamos más seguros.

Dositeo frunció el ceño. Los visitantes probaron el aperitivo. Marta y María calmaron, sobre todo, su sed. Todos contemplaban a Jesús, que no decía palabra. Esperaban una señal, un comentario, pero nada. A menudo le habían visto violento, pero pocas veces en silencio.

—... No sabemos, pues, gran cosa de lo que ocurre en Jerusalén —prosiguió Lázaro.

—Nosotros tenemos ciertas informaciones —dijo Dositeo—. El templo y, sobre todo, el antiguo sumo sacerdote Anás y su yerno, Caifás, que le ha sucedido en el cargo, se sienten contrariados por la desaparición del cuerpo de Jesús y parece que piensan llevar a cabo una investigación. La investigación sería realizada por un tal Saulo, que es un jefe oficioso de su policía. El resto del clero también está inquieto, porque según sus estimaciones Jesús cuenta con unos cinco mil partidarios solo en Jerusalén y otros tantos en el resto de Judea. Evidentemente, no hablo de Galilea. Y toda esa gente está llena de

resentimiento contra el templo. El clero se preocupa también por la posible agitación de los zelotes, que podrían aprovecharse de ese resentimiento.

—¿El tal Saulo es un herodiano! —exclamó Lázaro.

—Herodiano o no —prosiguió Dositeo—, llegó a intimidar a Pedro yendo a despertarle a las seis de la mañana, escoltado por una docena de sus esbirros, para amenazarle.

—¿Amenazarle con qué? —gritó María.

—Con la lapidación, si no revelaba quiénes eran los autores de la conspiración y el lugar donde se encuentra Jesús.

—¿Lo sabe Pedro? —preguntó María.

—No lo creo. Está convencido de que Jesús murió en la cruz. Respondió que no sabía nada —dijo Dositeo—. Para escapar de los manejos del Templo, él y su hermano Andrés regresaron a Cafarnaum. En resumen, todos tenéis que permanecer alerta.

Las miradas se volvieron hacia el convaleciente.

Jesús.

El les dirigió una mirada fría.

—Son peripecias —declaró sin emoción—. El tal Saulo sin duda seguirá persiguiendo a los míos. Y a otros que no conozco. Y después de Saulo, habrá otros. Pero una cosa es segura. El corazón de Israel, que yo he despertado, vomitará a toda esa gente que no son más que judíos con la boca pequeña y que se sienten muy contentos de dormir a la sombra de las águilas romanas. ¿Acaso no lo he dicho ya bastantes veces? Todo acabará en un baño de sangre. Y Jerusalén se hundirá en él.

Un largo silencio siguió a estas palabras.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lázaro, para romper el silencio.

—¿Qué puedo hacer? Se han prodigado las advertencias. Jerusalén está sorda. Hablé, pero quienes debían oírme me condenaron a muerte. La piel de los sacerdotes es más impenetrable que la piedra. Habrían podido apagar las llamas, pero la emprendieron con quienes avisaban del incendio.

Su voz sonaba firme y casi dura. Dositeo se inclinó hacia los visitantes:

—¡No esperéis que reanude su ministerio! Esta vez no le darían cuartel.

Sacudieron la cabeza. No y cien veces no, nunca lo habían esperado. Estaban cansados de tener miedo por Jesús. Y de la vehemencia de sus amigos.

—¿Te quedarás aquí mucho tiempo? —preguntó María.

—Hasta que me restablezca. Luego ya veré.

—¿Quieres que vuelva?

Se inclinó hacia ella y posó la mano en su hombro.

—Sí. Pero sé prudente.

Ella tenía los ojos húmedos.

—Sed prudentes, también vosotros, Lázaro y Marta. Nuestros enemigos están en todas partes. Van a multiplicarse.

Los visitantes se levantaron y Jesús también se alzó para acompañarles. La campiña de Siria brilló con reflejos de oro y plata. Paz y esplendor.

Sin embargo, no era solo tierra. Había fieras que acechaban.

LAS MOSCAS Y LOS RUMORES

Las moscas. El procurador de Judea azotó el aire a su alrededor con el matamoscas —crines de caballo sujetas a un mango de marfil incrustado de oro—, pero fue en vano. Aquellas ínfimas criaturas tenían la tenacidad del odio que se disfraza de ligereza. Eran como el rumor que tanto le había perjudicado, inasible pero venenoso. Quince o veinte de aquellos insectos salidos de las Gemonias zumbaban en la estancia; uno de ellos se posó en la espalda desnuda y atezada del dignatario, que la expulsó de un papirotazo; otra se posó en su mejilla, con la evidente intención de llegar al ojo, y trató de matarla de una palmada, pero fue en vano.

Levantó entonces la cabeza, enojado. Una cabeza compacta, con el cráneo afeitado; una máscara de abruptas facetas organizadas en torno a una nariz aguileña y fuerte, brillante, con la boca delgada y móvil, y unos pequeños ojos castaños, atentos a pesar de sus cuarenta y siete años. Advirtiendo la exasperación de su señor, el secretario, Crátilo, un joven cretense con rostro de macho cabrío, se alarmó. Se levantó, inclinado, esperando órdenes.

—¡Cierra la ventana! —gritó el procurador Poncio Pilatos—. ¡No, nos ahogáramos!

Con la intención de aplastar una de aquellas moscas, grande y llena de patas, dio una formidable palmada en la mesa ante la que estaba sentado. Un pergamino enrollado cayó al suelo. El cretense se apresuró a recogerlo para devolverlo a su lugar. La criatura había sido, en efecto, aplastada, pero había dejado en el rollo una mancha sanguinolenta, un rastro de excrementos. Con el rostro preñado de asco, Poncio Pilatos limpió delicadamente aquel horror con una de las esponjas que mojaba, de vez en cuando, en un bol de agua para refrescarse.

—Excelencia, la madera de alcanfor...

—¡Maldita madera de alcanfor! —aulló el procurador—. ¡Asfixia a los humanos antes que a las moscas!

Era el mes de junio. Desde hacía cincuenta días, los húmedos calores de Oriente ocupaban Palestina junto con las moscas, las cucarachas, los mosquitos, los escorpiones, las escolopendras, las chinches, las misteriosas fiebres, las

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

